

CAPÍTULO I
BEZENCHUK Y “LAS NINFAS”

Había tantas peluquerías y funerarias en cierta ciudad provinciana rusa llamada N..., que parecía como si sus habitantes hubieran nacido con el único y exclusivo objeto de hacerse afeitar, cortar el pelo o recibir una fricción y morirse inmediatamente después. Lo cierto es, sin embargo, que era muy escaso el número de la gente que nacía, se afeitaba o se moría en esta ciudad, pues la vida transcurría en ella plácidamente. Las noches primaverales eran embriagadoras, el barro relucía como antracita a la luz de la luna, y todos los muchachos de la ciudad estaban tan enamorados de la Secretaria de la Juventud Comunista, que ésta no podía recaudar las cuotas debidamente.

Las cuestiones de amor y de muerte no afectaban en nada a Hipólito Matveyevich Vorobianinof, aun cuando se le supusiera atareado con estas cosas todos los días, de nueve de la mañana a cinco de la tarde, con una hora de intervalo para la comida.

Por la mañana, después de tomarse un vaso de leche caliente que le daba su suegra, solía salir de la mísera casa que habitaba a la amplia calle del Camarada Gubensby, que estaba inundada de luz. Era ésta la calle más divertida que hubiera podido encontrarse en una ciudad provinciana. A mano izquierda, detrás de unos escaparates verdes, estaban los ataúdes pertenecientes a la funeraria “Las Ninfas”. A mano derecha, tras unos pequeños cristales de los

que se había desprendido casi toda la masilla, veíanse más ataúdes, empolvados y de madera de roble, pertenecientes éstos a otro empresario de pompas fúnebres; Bezenchuk. Más allá, los peluqueros “Pierre y Constantine” ofrecían a sus clientes una “manicura” o “la ondulación a domicilio”. Un poco más lejos encontrábase un hotel con otra peluquería en el piso bajo, y después de esto, en un gran espacio descubierto, veíase una pálida y anémica ternera lamiendo tiernamente un letrero colocado junto a una verja, y en el que podía leerse: “Funeraria La Bienvenida”. Aunque había tantas funerarias, el número de clientes era muy reducido. “La Bienvenida” había quebrado tres años antes, precisamente en la época en que Hipólito vino a instalarse en la ciudad. En cuanto a Bezenchuk, se desenvolvía con tales trabajos, que un día pretendió empeñar su mejor ataúd de muestra.

No se moría la gente con gran frecuencia en aquella ciudad, y nadie lo sabía mejor que Hipólito, puesto que trabajaba en un departamento oficial en el que estaba encargado del registro de nacimientos, matrimonios y defunciones.

La mesa de su oficina semejaba la losa de un sepulcro. La esquina de la izquierda había desaparecido carcomida por las ratas, y sus endeble patas estremecíanse bajo el peso de abultados legajos que contenían inscripciones por las que se hubieran podido obtener todos cuantos datos deseara uno acerca de los habitantes y de los árboles genealógicos que hubieran podido florecer en aquel humilde suelo provinciano.

El viernes 15 de abril de 1927 Hipólito se despertó, como de costumbre, a las siete y media, e inmediatamente se prendió en la nariz unos anticuados lentes de montura de oro. Nunca usaba gafas. En cierta ocasión decidió que era antihigiénico usar lentes, y corrió a casa del óptico a comprar unas gafas con armadura de oro. Esto sucedió en

vida de su mujer. A él le gustaban las gafas; pero en cuanto su mujer le dijo que con ellas se parecía a cierto ministro zarista, se las dio al portero de su casa. Aunque el portero no era nada corto de vista se acostumbró a las gafas y las llevaba con gusto.

—“Bonjour” –musitó Hipólito para sí, al sacar los pies por el borde de la cama.

Esto de “bonjour” significaba que se había despertado de buen humor. Cuando rezongaba “guten morgen” al despertarse quería decirse, por lo general, que el hígado le traía de cabeza, que no era una broma tener cincuenta y dos años, y que el tiempo estaba insoportable.

Introdujo sus descarnadas piernas en unos pantalones de confección adquiridos antes de la guerra, se los ató a los tobillos con dos cintas, y metió los pies en un par de botas cómodas, de puntera cuadrada. Cinco minutos después estaba vestido con una chaqueta negra y un chaleco de paño gris salpicado de estrellitas de oro. Se sacudió las últimas gotas de agua de su cabeza gris, se retorció el bigote y se palpó lentamente la áspera barbilla. Luego se peinó a toda prisa, y sonriendo ceremoniosamente, corrió al encuentro de su suegra, que penetraba en su habitación.

—¡Hipólito! –gritó la mujer–. ¡Anoche he tenido un mal sueño!

Hipólito se la quedó mirando de pies a cabeza. Él pasaba del metro ochenta, y desde tamaña altura le resultaba cosa fácil mirarla desdeñosamente.

—Anoche he soñado con la pobre María –prosiguió la mujer, con voz enérgica–. Llevaba el pelo suelto y un cinturón de oro.

La suegra de Hipólito resoplaba siempre al hablar, y esta vez los brazos del mohoso candelabro se estremecieron y tintinearón.

—Estoy terriblemente acongojada. Tengo la seguridad de que va a pasar algo horrible.

Y lanzó estas últimas palabras con tan enérgico resoplido que el tufo de pelo que cubría la cabeza de Hipólito se levantó en el aire.

Hipólito frunció el ceño y dijo con aire positivo:

—No pasará nada, madre. ¿Ha pagado usted la contribución del agua?

La contribución del agua no se había pagado y los chanclos de Hipólito no estaban limpios. Hipólito no quería a su suegra. Era una mujer estúpida, pero ya era muy vieja para variar. Era terriblemente tacaña, y a no ser por lo pobre que él era, lo sería mucho más. Tenía una voz tan profunda y tan potente que se la hubiera envidiado hasta el propio Ricardo Corazón de León. Pero lo más importante de todo es que tenía sueños. Siempre los estaba teniendo. Soñaba con doncellas ornadas de cinturones, con caballos enjaezados de oro, con mancebos que tocaban arpas, con arcángeles que deambulaban vestidos con zamarras y con agujas de hacer media que tintineaban y daban saltos por las habitaciones. Claudia Ivanovna Petujof era una vieja estúpida. Además, tenía unos tufos en el labio superior que parecían las cerdas de una brocha de afeitar.

Hipólito salió de la casa de bastante mal temple.

Bezenchuk, el empresario de pompas fúnebres, estaba recostado en el quicio de su puerta. Había sufrido tantos reveses económicos y se había dado de tal forma a la bebida que sus ojos tenían un color amarillo brillante y relucían como los de un gato.

—Buenos días, amigo —le dijo a Hipólito.

Éste se quitó atentamente el grasiento sombrero de fieltro.

—¿Cómo sigue su suegra, si no es indiscreción?

—Así, así —contestó Hipólito vagamente, encogiéndose de hombros y prosiguiendo su camino.

—Vaya, vaya —dijo Bezenchuk—. Dios le ha dado buena salud. En estos tiempos anda muy mal el negocio. ¡Si supiera usted lo que perdemos!

Y volviendo a cruzarse de brazos se quedó recostado contra su puerta.

Hipólito fue detenido otra vez en el establecimiento “Las Ninfas”. Éste tenía tres dueños. Los tres le hicieron una reverencia y se interesaron a coro por la salud de su suegra:

—Está muy bien, está muy bien —contestó Hipólito—. Anoche ha soñado con una muchacha que tenía el pelo dorado.

Los tres dueños de la funeraria se miraron y exhalaban un profundo suspiro.

Todo esto le hizo a Hipólito llegar cinco minutos tarde a su oficina, como pudo observar en el reloj instalado bajo el lema: “Haz lo que tengas que hacer y sigue tu camino.”

Sacó una almohadilla de fieltro azul del cajón de su mesa, la puso en la silla, se atusó las guías del bigote hasta dejarlas en línea horizontal con el borde de la mesa y luego se sentó. Sentado, sobresalía un poco entre sus demás colegas.

Dos jóvenes —un hombre y una muchacha— seguían tímidamente todos sus movimientos. El hombre llevaba un grueso abrigo de invierno. Parecía agobiado por la atmósfera de la habitación, por el olor de la tinta, el fuerte tictac del reloj y el severo lema: “Haz lo que tengas que hacer y sigue tu camino”. Aunque ni siquiera había empezado con lo que tenía que hacer, de buena gana se hubiera marchado. Parecía tan insignificante lo que allí le llevaba que le daba vergüenza molestar a un ciudadano de aire tan importante como Hipólito. Por su parte, Hipólito se daba clara cuenta de que los asuntos de aquel hombre no eran de gran trascendencia y podían esperar. Por lo tanto, abrió su legajo número 2 y se puso a trabajar. La muchacha, que llevaba una larga levita con ribetes negros, le cuchicheó algo al hombre, y poniéndose como la grana, avanzó lentamente hacia Hipólito.

—Camarada —dijo—, ¿dónde podríamos...?

El hombre del abrigo suspiró con aire feliz, y agregó inesperadamente:

—¿Dónde podríamos casarnos?

Hipólito se les quedó mirando a través de la rejilla.

—¿Nacimiento, ha dicho usted? ¿Defunción?

—No, casamiento —dijo el hombre mirando en derredor, con aire atolondrado.

La muchacha se echó a reír. El asunto quedó pronto arreglado. Hipólito, ágil como un hechicero, puso manos a la obra. Registró los nombres de los recién casados en un libro muy grueso; interrogó severamente a los testigos, que habían sido buscados a toda prisa por la muchacha en la calle; echó su aliento, tierna y prolongadamente, sobre una estampilla de caucho, y después, incorporándose levemente en su asiento, puso el sello en los documentos un tanto deteriorados de los contrayentes. Les pidió dos rublos, les tendió un recibo y dijo con una sonrisa:

—Por la consumación del Sacramento.

Luego se enderezó en toda su altura. Los amarillentos rayos del sol cayeron sobre sus hombros. Hipólito presentaba un aire absurdo, pero desusadamente imponente. Sus lentes relucían. La joven pareja permanecía delante de él como un par de corderos.

—Jóvenes —les dijo con solemnidad—, permítanme que les felicite, como solíamos decir en pasados tiempos, por hallarse casados legítimamente. Es hermoso, hermosísimo, ver a dos jóvenes como ustedes encaminándose de la mano hacia el logro de los ideales eternos. Es hermoso, hermosísimo.

Después de este discurso, Hipólito les estrechó la mano, volvió a sentarse, y, grandemente satisfecho consigo mismo, se puso a leer el legajo número 2. Sus colegas de la mesa inmediata se reían por encima de sus tinteros.

El trabajo ordinario del día dio comienzo. Nadie más vino a molestar al encargado del Registro de matrimonios y defunciones. A través de la ventana Hipólito podía ver a la gente que pasaba de prisa por la calle bajo la fresca brisa primaveral. Algunos de los empleados se acercaron a la ventana y se pusieron a charlar sobre lo que ocurría fuera. Hacia el atardecer pasó Bezenchuk: llevaba todo el día andando de un lado para otro, procurando enterarse de si había muerto alguien.

Por fin le llegó a Hipólito la hora de marcharse de la oficina. Apartó los papeles, guardó la almohadilla en el cajón, se atusó el bigote y chasqueó los labios pensando en la sopa caliente que le esperaba en casa. De pronto se abrió la puerta y apareció Bezenchuk.

—¡Hola! —dijo Hipólito sonriendo— ¿Qué le trae a usted por aquí?

Bezenchuk no contestó.

—Vamos —dijo Hipólito, poniéndose serio— ¿qué desea usted?

—Escuche —dijo Bezenchuk—, ¿qué opina usted de los dueños de “Las Ninfas”? ¿Ha visto usted el género que proporcionan? ¿Cree usted que así se puede satisfacer a la gente? Un ataúd da mucho que hacer. Fíjese la madera que lleva.

—¿De qué está usted hablando? —dijo Hipólito.

—Hablo de los dueños de “Las Ninfas”. ¡Tres familias que viven de un mismo negocio! No me lo explico. El material que emplean es malo, el acabado es deficiente y el galón está podrido. En cambio yo, yo soy una casa acreditada, sí, señor. Fundada en 1907. Mis cajas son escogidas, como pepinillos, la obra de un artífice.

—¿Está usted chiflado? ¿Qué diablos le pasa? —dijo Hipólito bruscamente, dirigiéndose hacia la puerta—. Estoy viendo que un día de estos se va usted a volver loco. Sí, usted y sus cajas.

Bezenchuk se precipitó hacia delante, abrió la puerta, dejó pasar primero a Hipólito y luego le siguió:

—Ya ve usted. Antes era muy distinto, cuando los de “La Bienvenida” marchaban bien. Entonces no había quien compitiera con ellos. Pero le digo la verdad, ahora no va usted a encontrar género mejor en ninguna otra parte. Con que no pierda el tiempo en buscarlo.

Hipólito le volvió la espalda. Estaba furioso con Bezenchuk y se alejó de él a grandes zancadas.

Los tres dueños de “Las Ninfas” estaban en su puerta exactamente lo mismo que por la mañana, como si ni siquiera hubieran abierto los labios. Pero su expresión parecía reflejar también que estaban enterados de algo, que sabían que había sucedido algo importante.

En cuanto Bezenchuk vio a sus competidores corrió tras Hipólito y le cuchicheó:

—¡Se lo dejaré barato!

Hipólito frunció el ceño, y apretó más el paso.

—¡Se lo daré fiado! —le dijo Bezenchuk.

Los tres dueños de “Las Ninfas” no dijeron nada. Se limitaron a mirar a Hipólito y se inclinaron ceremoniosamente a su paso.

Hipólito estaba frenético con todos aquellos pelmas. Subió corriendo la escalera de su casa, se limpió las botas a la puerta y penetró en el interior, presa de un apetito voraz.

El padre Teodoro, el cura, salió al pasillo y sin reparar en Hipólito bajó rápidamente los escalones que conducían a la calle.

Hipólito observó que la casa estaba extraordinariamente limpia, que algunos de los muebles habían sido cambiados de sitio y que el ambiente estaba impregnado de un fuerte olor a medicina. En la sala se encontró con la señora Kuznetsof, una vecina suya, que le dijo en voz baja:

—¡Chist! Está peor. Acaba de confesarse. No pise tan fuerte.

—No piso fuerte —dijo Hipólito—. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

La señora Kuznetsof contrajo los labios y señaló la puerta del dormitorio.

—Un ataque tremendo al corazón.

Y repitiendo, sin duda, las solemnes palabras que habría oído a alguien, agregó:

—Hay que contar con la posibilidad de un desenlace fatal. Yo llevo aquí todo el día trajinando. Entré esta mañana a pedir prestado el rallador. Me encontré la puerta abierta y no vi a nadie en la cocina ni aquí tampoco. Entonces me dije: “la señora Petujof habrá salido a comprar harina para sus bollos. El otro día me dijo que le hacía falta”. Ya sabe usted lo que pasa con la harina en estos tiempos. Si no la compra una con mucha anticipación...

La señora Kuznetsof hubiera querido seguir hablando horas y horas sobre la harina y sobre el precio de las cosas, sobre cómo encontró a la señora Petujof tendida en el suelo y sin conocimiento al lado del fogón y sobre toda clase de detalles; pero un gemido procedente de la habitación contigua la dejó cortada. Hipólito se santiguó y penetró a hurtadillas en el cuarto de su suegra.

